

Cultura a la contra

Nueva ola

Es cada vez más difícil escribir de algo. Sobre todo, de algo que tenga que ver con la cultura. Si yo fuese John Cage, o Salustiano Masó, hablaría de hongos, de la cultura del champiñón; pero mis conocimientos en la materia son más bien pequeños. Tengo que hablar, entonces, de lo que conozco; y lo que conozco son las calles, el Metro y algunos bares. Otros están para criticar, y algunos para criticar a los críticos. Critica quien puede, y a quien puede o a quien se deja. El caso es que hay que hablar de algo. Por ejemplo, de este Madrid que —a pesar de su Ayuntamiento— no es socialista, y que se está volviendo cada vez más invivible. Y conste que no digo inhabitable, porque todo el mundo habita en algún sitio: Drácula, en un panteón, por ejemplo; digo invivible, porque aquí no se puede vivir, sino sobrevivir. Nos vemos reducidos a frecuentar "ghettos": los maricas, a su maricomio; los pasaos, a su pasadero, que está cerca de la plaza del Dos de Mayo —donde cada año llueven palos, no sé por qué—; y los niños nazis, a la zona nacional —aunque se expanden peligrosamente por el resto de la ciudad—, a matar a quien pase. Y cuando no vamos a ghettos, nos tenemos que encerrar en nuestras ciudades-dormitorio, rápidamente y antes de que lleguen las doce de la noche. Los madrileños somos un poco como la Cenicienta: a las doce en casa, porque si no vienen, casi juntos, policías y ladrones a pegarnos palos; unos, para velar por nuestra seguridad ciudadana, y los otros para comerse las habichuelas.

El caso es que vamos de culo, que vivimos en la mierda primavera. Y en esta mierda, en esta basura, florecen simpáticos retoños. Son "La Nueva Ola", chicos que han surgido del asfalto y en él viven. Escuchan buena música, música que hacen otros como ellos, en sus garajes de Londres o de Nueva York: "Devo", "Ultravox", todos mutantes, generaciones eléctricas de un mundo irremisiblemente muerto. Precisamente, hay un grupo americano que se llama "Dead Boys", niños muertos.

Tienen conciencia, claro, de su muerte en vida. Como todos nosotros, como todos los que vivimos en ciudades cada vez más deshumanizadas, cada vez más automáticas; como todos los que sabemos que ya no queda espacio para jugar y divertirnos, y que la ecología no es sólo cosa de centrales atómicas. Hay una contaminación terrible, que es la contaminación humana. Nos agobian los humanos, o al menos algunos de ellos: los que no nos dejan movernos, ni vivir, ni salir de nuestros ghettos. Los chicos de la Nueva Ola lo saben, y por eso pasan un poco de todo, humanidad incluida. Quieren ser cadáveres vivientes, porque se han dado cuenta de que no pueden ser otra cosa; y, claro, se hace lo que se puede, no lo que se quiere.

La nueva ola no tiene una estética definida, ni tampoco —menos— una ética: ambos son valores que pertenecen a una generación y a un estado de cosas anteriores: sus padres, e incluso sus hermanos mayores, han definido lo que es bueno y malo, lo bonito y lo feo. Y ellos no quieren cambiar una definición por otra, sino simplemente abolir las diferencias. Son como los anarquistas que cuenta Chesterton —ese genial reaccionario— en "El hombre que fue Jueves", a quienes no les bastaba con acabar con la diferencia entre Bien y Mal, sino que encima querían cargarse los cuatro puntos cardinales. ■

EDUARDO HARO IBARS.



"... y llegó el día de la venganza", de Fred Zinnemann.

mann, la película que creó el conflicto de la Administración española con la productora norteamericana Columbia, hasta el punto de que el entonces ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne (era el año de gracia de 1964) prohibió la comercialización en todo el territorio español de las películas de esta marca. La cuestión estribaba en que Fred Zinnemann no respetó las "adaptaciones" que el Gobierno español hizo a su guión, resultando así que la ácida visión de la Guardia Civil —o más concretamente de un obsesionado capitán de la misma— que la película proponía prevaleció sobre los deseos inquisitoriales de la Administración.

Las intenciones políticas de Zinnemann, sin embargo, no son tan duras como podía pensarse. Su visión coincide más con la clásica de los personajes del Oeste obsesionados por un viejo enemigo o por el retorno a la aventura de los héroes cansados que con una perspectiva profundamente crítica de la sociedad española de 1959 —año en que se sitúa la acción de la película—. El antiguo líder republicano anclado en su exilio de un pueblecito francés frente a la manía persecutoria de su encarnizado enemigo —el capitán citado— se conjunta como la clásica aventura personal de dos monstruos literarios. Lo que en absoluto elimina los aspectos positivos o interesantes de esta película; cierto que en ocasiones, aunque escasas, hay que superar la aparición de algún tópico sobre la sociedad española, propia, por otra parte, del maniquelismo norteamericano, pero el propio

desarrollo de su anécdota —con la habilidad característica de Zinnemann, director especialmente sensible si recordamos películas como "Solo ante el peligro", "Hombres" o "Julia", por ejemplo— acaba con esos tópicos para concretarse en las secuencias finales de la película donde el romanticismo de unos héroes legendarios toma cuerpo de manera espléndida.

Estamos, pues, ante una película que ofrece la posibilidad de satisfacer una vieja curiosidad histórica, pero al tiempo ante un producto que tiene todavía fuerza suficiente para emocionar o irritar, según el lado del que quiera contemplarse. ■ D. G.

"El día del presidente"

Pedro Ruiz se dio a conocer en sus actuaciones personales como un curioso caricato poseedor en ocasiones de un corrosivo sentido del humor, dentro de esa condición del género de arremeter indistintamente contra todo lo parodiabile. Esa libertad de Pedro Ruiz le hacía políticamente ambiguo pero humorísticamente correcto. Ahora, sin embargo, al plantearse una película como gulonista, director y actor, ha prescindido de aquellas condiciones para realizar, por el contrario, una película presuntamente "seria": la crónica de un inventado día de trabajo de un presidente de Gobierno que, obviamente, es Adolfo Suárez, por mucho que la película se sitúe en un